

«Ya no puedo más, no quiero sufrir más. Desde los once años fumo pasta, me he secado como una pasa de uva...ahora tengo 27 años y quiero recuperarme».

Franco H.

AL COSTADO DERECHO del cine Balta en Barranco, está una avenida de irónico nombre, Progreso. Un callejón celeste y terroso, el lado claro de la luna. Del otro lado, una hectárea con barriada y descampado. Tierra de nadie. Le dicen el paraíso de la droga, Los Intocables. Casuchas, un pampón y el pasaje que conduce a la zona llamada Venegas. El terreno de Los Intocables perteneció hace 25 años a la familia de Franco. Construyeron allí unas casas con el fin de alquilarlas y vivir de su renta. Con el tiempo los pobladores se apropiaron del lugar denominándolo Pueblo Joven Tejada Alta. A diferencia de otras barriadas en Los Intocables vivían algunos delincuentes. Allí crecieron varios de los más duros como Pilatos, Perochena, el flaco Harry, César, Caracol y unos cuántos más de esa grey temible, quienes vivieron en Venegas, dentro del territorio de los Intocables, donde se repartían el producto de sus robos y contaban sus hazañas. Hoy viven allí sus discípulos, convertidos en ladrones por el vicio de la droga, desde que a comienzos de los años setenta la pasta básica llegó a la capital. A Venegas se llega por un callejón alfombrado de basura. Una suerte de laberintos de abobe donde el que no conoce no tiene pasaje de vuelta. Tampoco la policía entra allí. Venegas es guarida para muchos delincuentes perseguidos por la policía. Te alquilan un cuarto, te escondes una o dos semanas y luego te quitan. Todo lo robado de Miraflores, Barranco y Surco se esconde en Venegas y hasta allí llegan los compradores.

En Los Intocables se vende la pasta más barata de toda la zona. Cada "paco" o "tamal" cuesta diez o quince mil intís, suficiente para armar un buen cigarro o "tabacazo".

Se asalta poco, pero se asalta. «Cuando entra un individuo indefenso a comprar pasta básica, lo cuadras», nos dijo uno de los fumadores habituales de pasta. A esos les dicen "pescaditos". Otra modalidad consiste en tomar un taxi y bajarse a la entrada del callejón celeste. Allí asaltan al chofer y luego huyen hacia la zona impenetrable.

Antes de entrar a Venegas hay un pampón cubierto de grama llamado "El Sheraton", donde en grupos de tres o cuatro individuos comparten un cigarrillo y un trago dudoso en una vieja botella con una etiqueta descolorida. Los tragos, los cigarrillos baratos, los pacos y el reloj (cuando aún no lo han vendido) son los tesoros del fumón. Por lo demás, la ropa puesta hace un mes, sucia, como el pelo, las uñas, las manos, forma parte de lo cotidiano.

Cerca de treinta personas son los habitantes usuales de Los Intocables; los fines de semana la cifra se triplica. Comen poco, duermen apañados en grupos de ocho o diez personas, entre cartones y so-



A las 11 de la mañana, frente a la cámara, un adicto a la pasta prepara un cigarrillo en Los Intocables.

En pleno centro de Barranco

Los intocables: El submundo de un fumadero

↳ Textos y fotos: Verónica Saenz

bre el basural cuando en invierno el frío aprieta el cuerpo. Casi todos están enfermos de la piel, que luce mortecina, con costras blancas y negras por el contacto constante con la basura que se arruma, infecta y maloliente. El "Chino" Bachín, exjefe de la banda *All Bobá* y *los cuarenta ladrones*, hoy poblador de Los Intocables, nos dice que padecen desde diabetes, cirrosis, hepatitis, úlceras, tuberculosis y venéreas hasta Sida.

A veces llegan mujeres que se gastan todo su dinero en droga y como quieren seguir permaneciendo, y no pueden cortar con la adicción, no les queda otra cosa que vender su cuerpo. También los hombres que no saben robar venden su cuerpo para poder comprar pasta, convirtiéndose en homosexuales. «Aquí todo el mundo vive de la droga o la delincuencia», nos dice Bachín alejándose con pasos cansados.

AL FINAL DEL CALLEJÓN celeste, en la última casa, vive la familia de Franco H. Su casa es amplia, con terraza. Al final del terreno la familia construyó una canchita donde hoy se disputan partidos de fútbol promovidos por Narcóticos Anónimos, una organización que ayuda a los adictos de pasta básica de cocaína. La canchita está en el terreno de Los Intocables.

La primera vez que fuimos a Los Intocables no encontramos a Franco. Su esposa Marcela, una dulce mujer, no fuma, no bebe, hace una vida tranquila. Cuando llegamos, Marcela nos recibió con lágrimas en los ojos y con la misma angustia que envuelve a toda la familia. Apenas pudo aclarar su voz nos dijo: «Estoy harta, ya no tengo fuerzas para seguir luchando». Sus hijas, acostumbradas al llanto y la desesperanza, parecen no reparar en el drama cotidiano. María Paz, de cinco años, y Rocío, de tres, revolotean a nuestro alrededor pidiendo galletas. Marcela nos condujo, atravesando Los Intocables, en la infructuosa búsqueda de Franco. Todos sabían de nuestra visita, ¿Para el reportaje, no? Yo lo busco a su esposo, señora», nos dijo Edgard, fumón con historia tan terrible como su rostro de piel escamosa y descascarada.

Caminamos tratando de encontrar respuestas, tratando de asimilar la indignidad humana. Franco no apareció. En "El Sheraton" un personaje patibulario de voz pastosa nos advirtió: «Dense vuelta que voy a cagar». Cuando el adicto posee la Pasta Básica se produce un síntoma característico denominado, por el Doctor Nizama "aflojada de estómago" que consiste en los deseos inminentes de defecar. Si el adicto no fuma inmediatamente aparece el deseo de ir al baño, presentando cuadros diarreicos. Franco lo ratificaría después: «Cuando no entra la angustia se nos afloja el estómago».

¿CUANTAS NEURONAS ME QUEDAN? Son pocas. Unas pocas enfermas, tropezándose en el interior de mi cerebro». La segunda vez encontramos a Franco en su casa. Había prometido a su familia dejar de fumar, al menos por

Cómo cambiar el hábito al adicto

NARCOTICOS ANONIMOS surgió a partir de la experiencia de Alcohólicos Anónimos. Un grupo de adictos a varias drogas decidieron reunirse en un local, financiado por ellos, para contar sus propias experiencias. Producto de esta experiencia han escrito unos textos, donde le sugieren a otros adictos lo que tienen que hacer para no reincidir en las drogas: no juntarse con las antiguas amistades, ser honestos consigo mismos y aprender a escuchar.

El único requisito para integrar este grupo es el deseo sincero de dejar de consumir. «Eso fue lo que me gustó - declaró un integrante del grupo, que prefirió el anonimato -, a mí no me dijeron que tenía que venir dejando de consumir o que si recaía ya no volvería más, como sucede en otros centros o clínicas. Aquí no hay jefes ni líderes, ni religión, ni cuotas que dar. En N.A. cientos de personas se están ayudando a salir adelante, gracias a esta confraternidad, y quiero decirle a cualquiera que tenga problemas con drogas que asista a Narcóticos Anónimos».

En Narcóticos Anónimos se reúne el grupo de Barranco tres veces por semana, en las tardes de los lunes, miércoles y viernes. El grupo de Santa Rita de Casia los martes y jueves y el de Magdalena todos los días. Poco a poco, narcóticos Anónimos va creciendo. Son casi un centenar de personas. Muchas de ellas hacen cinco o seis años que han dejado de consumir drogas, aunque el trabajo es constante porque el exadicto siempre puede volver a serlo.

DESDE HACE CUATRO AÑOS, a partir de la fundación del Centro de Información y Educación para la Prevención del Abuso de Drogas (CEDRO), la entidad ha desarrollado una intensa labor de prevención sobre el uso de drogas a nivel nacional. No sólo la prevención masiva a través de medios de comunicación, sino también por medio de la capacitación de promotores que han recorrido escuelas e instituciones llevando el mensaje preventivo.

Existe un programa llamado "Cara a Cara" que se lleva a cabo en cincuenta asentamientos humanos denominados de "alto riesgo" porque allí se vende Pasta Básica, y donde no hay alternativas recreacionales por ser zonas pauperizadas. El programa consiste en involucrar a líderes jóvenes de la comunidad que tienen un entrenamiento en Cedro, donde aprenden lo que es un enfoque preventivo integral.

Carmen Masías, subdirectora de CEDRO, conversó con Página Libre.

«No podemos decir tan tajantemente que se ha reducido el índice de consumo. Los estudios epidemiológicos nos indican que las proyecciones pueden ser alarmantes. Pero creemos que si no se hace una prevención primaria el problema sería aún mayor. No hablamos solamente de Cedro, sino de la suma de todos los esfuerzos de instituciones que están haciendo prevención».

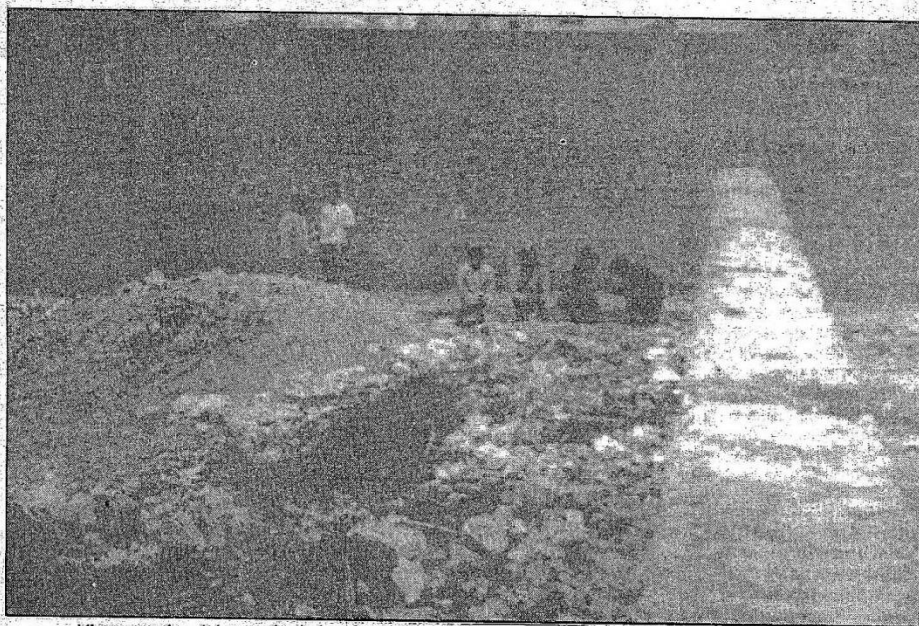
«El enfoque de CEDRO plantea que no basta decirle no a la droga, no basta conocer sus efectos, prevenirla, sino que también es necesario plantear alternativas de vida».

«Estamos también realizando un intenso trabajo con empresas privadas, con obreros y empleados. El problema de la Pasta Básica no es un problema con una incidencia muy grande sólo entre obreros. Según los últimos estudios epidemiológicos la Pasta Básica es consumida también en los sectores altos de la sociedad, pero la posibilidad de enganche, de adicción, es mucho mayor en los sectores urbanos marginales de la población».

«Nosotros creemos que la necesidad de hacer cumplir la ley es una cuestión preventiva, no que necesariamente tenga que hacer un trabajo preventivo. Creo que las fuerzas policiales deben y pueden jugar un rol importante en la sustitución de cultivos en las zonas de producción. A nivel de microcomercialización también deben de intervenir las fuerzas policiales. Ahora creo que es importante también que las organizaciones que no son las fuerzas policiales se sensibilicen, den también un enfoque no represivo a este problema. O sea, dónde está el límite y el respeto por lo que significa la tenencia y el consumo».

«Nosotros tenemos un programa con niños de la calle de la plaza San Martín que apoya la Municipalidad de Lima. A veces la policía entra a la plaza y reprime a los niños que están bajo nuestro programa. Indudablemente, son niños que están en actos delictivos, entre comillas porque tienen que comer. Nosotros tratamos de sensibilizar a este sector de las fuerzas policiales para que tengan un entendimiento mayor de lo que significa un proceso de este programa de niños de la calle. Estos niños que son reprimidos y algunas veces llevados a las comisarías retroceden en el proceso, pierden la poca confianza ganada».

«Tenemos la necesidad de trabajar en conjunto: fuerzas policiales, entidades preventivas, entidades privadas. Pero ante todo creo que toda la comunidad debe denunciar, actuar y organizarse contra la venta de la droga».



Vista matutina del pampón de Los Intocables. Un grupo de adictos fuma PBC sin ser molestado.

el día de la madre. «Fumo pasta básica desde los once años y desde que la probé me fascinó», nos dijo con un brillo en los ojos al comienzo de la entrevista, caminando nuevamente por el escenario donde los fumones deambulaban como siniestros fantasmas; quince o veinte de los cincuenta mil adictos que se estima hay en Perú. El 75 por ciento de los consumidores se encuentran en Lima y a diferencia de lo que se cree, no son ni niños ni adolescentes sino hombres en su mayoría, cuyas edades oscilan entre los 25 y 30 años.

«Yo empecé a los once años por dármele de bacán con una chica y me fascinó. Hasta ahorita recuerdo los estragos y el sabor del cigarrillo. A mí siempre me gustó andar con viejos, con gente mayor. Entonces tenía que volverme mafioso y ponerme en práctica. Lo hice al comienzo tres veces en un año y para esto tenía que ir a un

lugar de los Barrios Altos llamado "La casa de la Perricholi". Allí comencé mis primeras andanzas con la pandilla que me juntaba a las orillas del río Kimac, la Quinta Hereen, El Pasaje, etcétera».

«A los catorce años sólo podía drogarme en los meses de vacaciones. En ese tiempo me iba a presentar para los Calichines de la Alianza Lima, entonces me iba con mis amigos a consumir. Yo había adquirido la personalidad de un pastelero bacán, matón. Me gustaba ese personaje. Nos trompeábamos barrio contra barrio. Cuando jugábamos pelota terminábamos mechándonos y sacando inclusive la chaira (cuchillo). Así me fui metiendo en peores situaciones. Asaltábamos transeúntes, arrebatábamos cueros, consumíamos terokal y jarabe. Hasta que una vez asaltamos una joyería y nos comenzaron a buscar los soñones. Así fue como me retiré de

Los Barrios Altos, donde pasaba mis vacaciones en casa de una tía. En mi casa desenvolvía la personalidad de trabajador y estudioso hasta ese momento».

«Una vez en Barranco, viviendo aquí, en la casa de mis padres en los Intocables, comencé a fumar. Al comienzo sólo los fines de semana en esos tonos psicodélicos. Fumaba pitos de marihuana todos los días y vendía. Iba a la escuela todos los días drogado, no recuerdo un solo día limpio, sin drogas. Durante toda mi secundaria me junté con asaltantes, asaltaba tiendas comerciales, joyerías. No sabía lo que hacía, yo sólo quería drogas. El drogadicto no es malo, lo que pasa es que el vicio te manda robar. Estuve preso, estuve internado en hospitales mentales como el Hermilio Valdizán y Larco Herrera, viajé y cambié de casa, pero esto no me ayudaba, lo único que hacía era ocultar mi



Fumones de Los Intocables mostrando paquetitos con la droga. Fuman todo el día.